

## EL PORVENIR DE LAS LENGUAS\*

JEAN-LOUIS CALVET

Profesor de sociolingüística en la Universidad de la Sorbona, París. Es autor de *Pour une écologie des langues du monde* (París, Plon, 1999). Entre sus obras traducidas en español: *Lingüística y colonialismo* (Madrid, Júcar, 1981) y *Las políticas lingüísticas* (Buenos Aires, Edicial, 1997).

Las lenguas evolucionan sin cesar, en sus formas y en sus relaciones. Su porvenir depende de las prácticas de sus hablantes, más que de las decisiones de los planificadores.

Al igual que la ecología, que presenta los distintos niveles de la vida como una sucesión de elementos encajados unos en otros que van de la célula a la ecosfera, las lenguas del mundo pueden ser representadas como un «modelo gravitacional». La piedra de toque de este sistema mundial es hoy día el inglés, lengua hipercentral en torno a la cual gravitan unas diez lenguas «supercentrales». Cien a doscientas lenguas «centrales», ligadas a las supercentrales por los hablantes bilingües, son a su vez el eje de la gravitación de cuatro a cinco mil lenguas «periféricas».

Todos esos idiomas no tienen pues el mismo peso, la misma fuerza, el mismo porvenir. Como este último es incierto para la gran mayoría de ellos, ha surgido una creciente movilización para protegerlos. Las lenguas, como los bebés focas o las ballenas, son consideradas especies amenazadas. Pero esas inquietudes no sólo conciernen a las lenguas «pequeñas». Se manifiestan también respecto de lenguas de gran difusión, hiper o supercentrales, como el inglés o el francés. Así, en Estados Unidos, organizaciones como US English,

US First o Save Our Schools luchan por que el inglés sea reconocido como único idioma oficial del país y se oponen al bilingüismo que temen se instaure a raíz de la considerable inmigración de personas de habla hispana. En Francia, la ley de 4 de agosto de 1994 (llamada «ley Toubon») intentó reglamentar el empleo del francés luchando contra los términos tomados de otros idiomas.

Un temor irracional frente al cambio

Pero el mito de la lengua pura es una condena al inmovilismo. El latín de Cicerón es tal vez una lengua pura, pero ya nadie lo habla y en la actualidad se practican con diversas denominaciones (italiano, español, rumano, francés, catalán) latines diferentes, que han evolucionado a lo largo de la historia.

Este mito de la pureza de las lenguas, este afán de protección demuestran en efecto un temor irracional frente al cambio, a los términos tomados de otras lenguas y a la evolución, como si la estabilidad fuera la única garantía de la identidad. Y ello plantea un cierto número de interrogantes. ¿Hasta dónde pueden llegar las políticas lingüísticas de protección de los idiomas? ¿Es posible mantener en vida, por una especie de ensañamiento terapéutico o con

cuidados intensivos, formas lingüísticas abandonadas por sus hablantes?

Es cierto que algunas políticas lingüísticas tuvieron resultados satisfactorios. Por ejemplo, Atatürk pudo, de modo autoritario, reformar la ortografía del turco y suprimir de su léxico las palabras tomadas del árabe y del farsi. Indonesia se dio una lengua de unificación, el bahasa. Pero en otros lugares las cosas no han sido tan fáciles. Por ejemplo, la política de arabización de Argelia sigue tropezando con serias dificultades, y los intentos de Sékou Touré de convertir a Guinea en un país oficialmente plurilingüe fueron un completo fracaso.

Las lenguas pertenecen a los que las hablan

En realidad, una política lingüística sólo tiene éxito si sigue el rumbo que la práctica social ha esbozado, y es muy raro que logre imponerse una lengua o una reforma que toda una población rechaza. Cabe pues preguntarse si es posible defender (o salvar) un idioma contra la voluntad de los hablantes. Pues en ese caso lo que está en juego no es la lengua, sino el valor que sus hablantes le atribuyen. La política lingüística no debe ignorarlos. En efecto, un idioma no sólo desaparece porque otro lo domina, sino también y quizás sobre todo porque los ciudadanos aceptan o deciden abandonarlo, no transmitirlo a sus hijos. La «guerra de las lenguas» es una metáfora cómoda, pero las lenguas por sí mismas no se hacen la guerra. Son los seres humanos los que luchan, se oponen o contemporizan. Y es posible seguir sus relaciones

\* Este artículo fue publicado originalmente en la revista El Correo de la UNESCO (*Guerra y paz en el frente de las lenguas*), abril de 2000, cuyos derechos de autor detenta la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. El Correo de la UNESCO [en línea]. París, Francia, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Disponible en <[http://www.unesco.org/courier/2000\\_04/sp//doss0.html](http://www.unesco.org/courier/2000_04/sp//doss0.html)>.

conflictivas a través de las relaciones entre sus idiomas.

Para un lingüista, la desaparición de una lengua es siempre lamentable, pero éstas no son objetos de arte. Pertenecen a los que las hablan y cambian día a día, se adaptan a sus necesidades: han de servir al hombre y no a la inversa. Pues las lenguas evolucionan sin cesar, en sus formas y en sus relaciones. Y si unas mueren, otras nacen, a veces frente a nosotros. Desde la caída del muro de Berlín y el desmembramiento de Yugoslavia, nuevos países han aparecido y, con ellos, nuevas lenguas: el bosnio, el serbio, el croata, que eran considerados hasta hace poco como una sola lengua (el serbocroata), se están reafirmando y sus hablantes, para marcar mejor su identidad, están acentuando y endureciendo las diferencias entre ellas, que sólo correspondían a algunas decenas de palabras. Del mismo modo, la división de Checoslovaquia en Chequia y Eslovaquia va a convertir al checo y al eslovaco en lenguas cada vez más distantes.

En África francófona, la apropiación de la lengua oficial, el francés, se manifiesta en la aparición de formas locales: no se habla exactamente el mismo francés en Senegal y en Gabón, en Níger y en Côte d'Ivoire, y esas

diferencias por el momento leves anticipan tal vez una futura dislocación del francés que se convertiría en la lengua madre de una nueva generación de hablas, como el latín es la lengua madre de las lenguas romances. Lo mismo ocurre con el inglés, el árabe, el español. No se habla exactamente la misma lengua en Madrid y en Buenos Aires, en Londres y en Bombay, y entre la de Rabat y la de Riad la diferencia es mucho mayor. Pues la función de las lenguas tiene efectos en su forma. En los mercados africanos, en las capitales, las lenguas vehiculares que permiten la comunicación comercial se diferencian lentamente de sus variantes vernáculas: el yolof de Dakar no es el mismo que el de los campesinos, el bambara de Bamako no es semejante al de Ségou, situada a 230 kilómetros de la capital.

En los siglos XVII y XVIII, en condiciones diferentes, aparecieron las lenguas criollas, solución lingüística al problema de comunicación que enfrentaban los esclavos de lenguas diferentes importados hacia las islas del océano Índico o del Caribe. A partir de idiomas europeos como el inglés, el francés y el portugués, crearon lenguas hoy día diferenciadas: un mauriciano, un haitiano y un guyanés no se entienden, aunque sus lenguas tengan un

antepasado común, el francés. Es posible que mañana los hijos de inmigrantes hablen, junto a la lengua del país de acogida, un turco de Alemania o un árabe de Francia, diferentes de los idiomas del país de origen.

Un mundo que se transforma

Es probable que el inglés no se sustraiga a este proceso. Su predominio es hoy indiscutible y a mediano plazo duradero. Pero la historia demuestra que cuanto más se difunde una lengua en un vasto territorio, mayor es su tendencia a diversificarse. Lo que sucedió con el latín tal vez ocurra con el inglés. Desde ese punto de vista, es evidente que el panorama lingüístico mundial va a modificarse en los siglos venideros. Numerosos idiomas, hablados hoy por algunas personas, están desapareciendo, nuevos idiomas aparecen o aparecerán. Es decir que en el modelo gravitacional esbozado anteriormente, las lenguas y sus funciones van a transformarse, que la lengua hipercéntrica y las supercentrales podrán cambiar, que algunas lenguas periféricas tal vez se conviertan en centrales y viceversa. Pues, como la historia, la historia lingüística no se detiene con el presente, sino que prosigue y en todo momento es impulsada y trabajada por la práctica de los hablantes.